EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

EL SECRETO,

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

EUSEBIO BLASCO.

MADRID.
HIJOS DE A. GULLON, EDITORES.
OFICINAS: POZAS—2—2.°
1882.

AUMENTO Á LA ADICION DE FEBRERO DE 1882.

COMEDIAS.

TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Propiedad que corresponde
Agua vá	1	D. Rafael Blasco	Todo.
De picos pardos	1	J. M. Casademunt	»
Desgracia y virtud	1	José F. Camacho	»
El compromiso de Caspe	1	Márcos Zapata	»
El ojeo	1	Manuel Valcárcel	»
El ruiseñor	1	Sres. R. Bolumar y Manuel Melend. Paris	»
Fiera domada	1	Contreras y Giner	»
Filosofía alemana	1	D. José Jackson Veyan.	»
La alondra y el gorrion	1	E. S. Rocaberti	»
La mágia electoral	1	N. N.	»
La peor venganza	1	E. Navarro Gonzalvo.	»
La puerta del Saladero	1	Juan Utrilla	»
La voz del pueblo	1	Fuentes y Solsona	»
Salirse con la suya	1	L. Larra y Ossorio	»
Una charada	1	Fernando Guerra	»
Un drama en la venta	1	Juan Utrilla	»
El arte de pedir	2	Sres. Ossorio y Guillen	»
Los padres nuestros	2	Lustonó y Bedmar	»
Mundo, demonio, y... demas	2	G. Perrin y Vico.	»
El capitan Buridau	3	Fernando Guerra	»
El juez de su causa	3	D. Manuel Rovira.	»
Herir con honra	3	Manuel Rovira	»
Juana la Rabicortona	3	Fernando Guerra	»
La corona de abrojos	3	Márcos Zapata	»
La lengua	3	Enrique Gaspar	»
Los dos curiosos impertinentes	3	José Echegaray	»
Los hermanos de la Costa	3	Fernando Guerra	»

EL SECRETO.

OBRAS DRAMATICAS DE EUSEBIO BLASCO.

La antigua española.
La mujer de Ulises. (4. ed.)
La tertulia de confianza.
El jóven Telémaco. (4.ª ed.)
Un jóven audaz. (4.ª ed.)
El amor constipado. (2.ª ed.)
El vecino de enfrente. (3.ª ed.)
La suegra del diablo.
Pablo y Virginia.
Los novios de Teruel.
Los caballeros de la tortuga.
El oro y el moro.
Los progresos del amor.
La señora del cuarto bajo.
El pañuelo blanco. (3.ª ed.)
No la hagas y no la temas. (2.ª edicion.)
La mosca blanca.
Los dulces de la boda.
La córte del rey Reuma.
La niñez engañosa.
La humanidad doliente.
El miedo guarda la viña.
La Rubia.
El baile de la Condesa.
Pascuala.
La procesion por dentro.
Parientes y trastos viejos.
Levantar muertos (1).
El anzuelo.
Jugar al escondite.
Hablemos claro.
Los niños y los locos...
La rosa amarilla.
De prisa y corriendo (2).
Juan García.
Pobre porfiado.
Las niñas del entresuelo.
El baston y el sombrero.
Soledad.
Ni tanto ni tan poco.
Buena, bonita y barata.
El primer galan.
Moros en la costa.
Todo por el arte.
¡Si yo tuviera dinero!
Dia completo.
¡Último adios!
La posada de Lucas.
El secreto.

LIBROS.

Obras festivas en prosa.—Cuentos alegres.—Madrid por dentro y por fuera (3).—Una señora comprometida. (2.ª edicion.)—Esto, lo otro y lo de más allá.—Soledades. (Poesías.)—Flaquezas humanas, cuentos y relaciones.—Noches en vela, poesías.

---

(1) En colaboracion con D. Miguel Ramos Carrion.—(2) Idem.
(3) Obra en colaboracion con los principales escritores

EL SECRETO,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

EUSEBIO BLASCO.

Estrenada en el Teatro de la COMEDIA el 16 de Noviembre de 1882.

MADRID.—1882.

IMPRENTA DE COSME RODRIGUEZ,
SOBRINO DE DON JOSÉ RODRIGUEZ.
Calvario, n.º 18.

PERSONAJES.	ACTORES.
ROSALÍA.....	SRTA. D.ª DOLORES FERNANDEZ.
DOÑA PATROCINIO.....	SRA. D.ª JOSEFA GUERRA.
ISIDORO.....	SRES. D. EMILIO MARIO.
EL GENERAL.....	MARIANO BALLESTEROS.
BRUNO.....	JULIAN ROMEA.
ANDRÉS.....	ELIAS AGUIRRE.
EL AYUDANTE.....	ENRIQUE MARTINEZ.
UNA DONCELLA.....	SRTA. MATILDE GARCIA.

La accion contemporánea.

Derecha é izquierda del actor.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galería Lírico-Dramática, titulada El Teatro, de los Sres. HIJOS de A. GULLON, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO.

Un salon elegante.

ESCENA PRIMERA.

EL GENERAL, BRUNO y el AYUDANTE, jugando al tresillo. ROSALÍA y PATROCINIO hablan sentadas en un sofá. ISIDORO, en otro sofá, lee un periódico.

AYUD. Rey de bastos.
BRUNO. El caballo.
GEN. El seis.
AYUD. Una baza más.
BRUNO. Usted juega.
AYUD. Voy. El ás.
GEN. ¿Primera de copas? Fallo.
BRUNO. Yendo el juego de ese modo
cualquiera lo ganaría.
GEN. ¿Quién á la contra?
AYUD. Va mia.
BRUNO. ¡Claro, está usted fallo á todo!
¡Más copas! (Gritando, y al Ayudante.)
¡Muy mal jugado!
GEN. ¿Por qué?
BRUNO. ¡Ya lo hemos perdido!
AYUD. (Id.) ¡Pues no ves que yo he salido!
BRUNO. ¿Pues no ves que lo han fallado?

AYUD. ¿Qué carta iba á jugar?
BRUNO. (Cogiéndole las cartas.) Esta.
(Pegando con los puños sobre la mesa.)
AYUD. ¡Hombre!
BRUNO. ¡Vaya una jugada!
AYUD. ¡Entónces era casada!
BRUNO. No señor, sería puesta!
AYUD. ¡Qué cosas!
GEN. ¡Qué jugadores!
BRUNO. Lo que es este no es un lince.
GEN. Vaya, señores, á quince.
ISID. No incomodarse, señores!
BRUNO. Á otra.
AYUD. Me das unos sustos..
BRUNO. Ven y juega, Isidorillo.
ISID. No, yo no juego al tresillo
para evitarme disgustos.
ROSAL. Está en cerca de mil reales (A Patrocinio.)
y es de novedad, y abriga.
(Enseñándola un chal.)
PAT. Yo, qué quieres que te diga,
no estoy ya por estos chales,
que por lo mismo que son
de moda siempre, me embisten;
adornan, pero no visten,
y ya, de hacer la intencion,
gasto más, y voy forrada
de pieles.
ROSAL. Ah, ya lo creo!
PAT. Eso es lo que yo deseo:
como las pieles no hay nada.
ROSAL. Si yo pudiera gastar...
he visto unos muy bonitos;
pero hija, los pobrecitos
nos tenemos que aguantar.
Eso tú que tienes renta
y eres rica, y eres sola..
GEN. ¡Ojo, que este vá á dar bola!...
PAT. ¡Sí, como estoy tan contenta!
ROSAL. ¿Sigue el temporal?
PAT. Es cosa
de romperle la cabeza,

no he visto naturaleza
más rara y más quisquillosa.

ROSAL ¡Que te vá á oir!

PAT. Mi marido
es una calamidad.

ROSAL. El mio es todo bondad;
y yo no sé cómo ha sido
que de algun tiempo á esta parte
su carácter es mejor,
mucho más conciliador...

PAT. Acaso quiera engañarte.

BRUNO. Á cuarenta!

GEN. Bien, querido!
atracarse!

BRUNO. ¡Así lo espero!

PAT. ¿De qué me sirve el dinero
con semejante marido?
¿De qué me sirven mis coches,
mi renta, mi posicion,
si mi sola distraccion
es teneros por las noches
á cuatro amigos queridos
que os ocupais de nosotros?...
¡pues á no ser por vosotros
estábamos divertidos!

ROSAL. Vuestros carácteres son
tan distintos...

PAT. Y qué quieres?
No está en nuestros carácteres
sino en nuestra condicion.
Que aunque una no lo quisiera
se daría una al demonio.
¡Treinta años de matrimonio
ponen nervioso á cualquiera!

ROSAL. ¡Por Dios!

GEN. Arrastro!

ISID. (Leyendo.) Mañana
es dos... oye, oye mujer.
«Ha llegado á Santander
el correo de la Habana!»

ROSAL. ¡Ay! de veras? Qué alegría.
¿Viene su nombre?

ISID. Aquí está
en la lista.
ROSAL. Vuelve ya?
¡Ay qué fortuna la mia!
BRUNO. ¿Quién llega?
ROSAL. Mi hermano Andrés,
que á Cuba há once años partió!
GEN. Pedí su traslado yo.
ROSAL. Es verdad.
PAT. ¿Y ahora qué es?
ROSAL. Coronel.
BRUNO. ¡Buena carrera!
ISID. Yo no le conozco.
PAT. ¿Ah, no?
ROSAL. No, que cuando Andrés partió
aun estaba yo soltera.
ISID. Pero le aguardo impaciente
y ha de vivir á mi lado.
BRUNO. Sí?
GEN. Tiene usted un cuñado
muy buen mozo y muy valiente,
y es digno de que le dén
la faja.
ROSAL. ¡Ay, quién lo lograra!
PAT. Jesús, que cosa tan rara,
mi marido hablando bien!
GEN. Pues mi gramática dí,
¿es tan mala?
PAT. De la gente
digo.
GEN. ¡Ya! Naturalmente,
como que no hablo de tí.
BRUNO. ¡Por Dios, hombre!
ROSAL. Siempre huraños.
PAT. Déjelo usté, es su capricho.
Lo mismo lo hubiera dicho
delante de los extraños.
GEN. Como tú ante los testigos
me ofendes cada vez más...
PAT. Como que tú siempre estás
desollando á los amigos.
GEN. Señores, ustedes son

mis amigos, soy leal!...

AYUD. Pero por Dios, General!...

ISID. ¡Pero hombre!

PAT. Lo ves? Cuestion!

GEN. Son ganas de molestarme.
¡Ya no juego!

PAT. Tú estás viendo!

BRUNO. Como que estaba perdiendo.

GEN. Acabaré por marcharme.

ISID. Señores, qué tontería,
si es broma... á qué armar un lío?

PAT. Si es este marido mio!

GEN. Si es esta señora mia!
Razon tuve en dar tormento
á aquel soldado bribon
que le pegó un bofeton
á un cabo del regimiento.
La ordenanza me mandaba
matarle, él se arrepentía,
el jefe por él pedia,
la tropa el caso ignoraba;
y entre usar todo el rigor
que requería su suerte
ó conmutarle la muerte
por una pena. . mayor,
dige: el castigo ha de ser
que venga á ser mi asistente
y que viva eternamente
al lado de mi mujer!

TODOS. General!

BRUNO. ¡Que atrocidad!

ISID. Y vino á servir aquí?

GEN. Si señor.

PAT. Si señor, si;
pero hubo una novedad:
que á la semana completa
de estar sirviendo á mi esposo
le dió un derrame seroso
que se lo llevó Pateta.

GEN. ¿Ustedes ven?

PAT. ¡Lo aplastél (Ap. á Rosalía)

ROSAL. Vaya, vaya, que esto acabe.

¿Qué guardarán para un grave
disgusto?

GEN. Perdone usté.

BRUNO. La vida del que se casa
es un contínuo disgusto.

ROSAL. No señor, no es usted justo.

AYUD. Oh sí! de justo se pasa!

ISID. ¡Pchst! Bruno es un solteron
empecatado.

BRUNO. Lo admito.
Pienso morir solterito
con toda satisfaccion:
y si quieren comprobar...
¿juzgan mi lenguaje rudo?
pregúntenle á ese viudo
si se volverá á casar.

AYUD. No repetiré, pardiez:
tuve un modelo de esposas,
pero hay en el mundo cosas
que se hacen sólo una vez.
Porque... lo que yo decía
en plena felicidad:
aun contra su voluntad
este estado es tiranía.

PAT. ¡Ay! Sí á fé.

GEN. Mujer, aprende.

BRUNO. Mi doctrina es verdadera,
se sufre un yugo cualquiera,
no siendo eterno, se entiende.

ISID. Pues señores... qué demonio!
yo celebro estar casado
porque el verdadero estado
del hombre es el matrimonio.

BRUNO. Justo, estado deplorable.

GEN. Verdad, de putrefaccion.

PAT. Qué bárbaro!

AYUD. De opresion.

BRUNO. Aborrecible.

GEN. Espantable.

ISID. ¡Y á mí que me gusta tanto!

GEN. ¡Es que á usted le gusta todo!

ISID. Será que yo me acomodo

á todo y le hallo su encanto.

ROSAL. Isidoro es gran marido.

PAT. Le tengo por un portento.

ISID. Gracias.

PAT. Siempre está contento.

GEN. Yo siempre estoy aburrido.

ROSAL. Mi marido es optimista.

ISID. Si, no lo puedo negar.

ROSAL. Es un marido ejemplar.

ISID. Porque no soy egoista.
¡Qué un ministro y general
y este Bruno que es tan rico,
y usted, excelente chico
(Al ayudante.)
lo encuentra todo tan mal!
¡Pues no me ven á mí, sordo
á todo humano tormento,
cada dia mas contento
y cada dia mas gordo?
Qué diga mi Rosalía
si me ha visto nunca triste.

ROSAL. Yo no sé en lo que consiste,
pero á este de dia en dia
se le vé con menos pena.

PAT. Pues vaya, qué mas quereis?
¿Cuántos hijos tienes?

ROSAL. Seis.

GEN. Seis hijos?

ISID. Media docena.

AYUD. Uf! Ya tiene usté bastante
para que les vuelvan locos.

ISID. Pues aun me parecen pocos.

GEN. Pues buen remedio. ¡Adelante!

ISID. Mi renta monda y lironda
con veinticuatro mil reales
de sueldo, no muy cabales,
y unos olivos en Ronda.
Lo que tengo y lo que valgo
en otros varios negocios,
y así entretengo mis ócios
siempre trabajado en algo.
Tengo una mujer hermosa....

PAT. ¡Aprende! (Al general.)
ISID. En su santo afecto
no encuentro más que un defecto.
ROSAL. ¿Cuál?
ISID. Ser un poco curiosa.
ROSAL Si, no lo puedo negar.
ISID. Pero es laboriosa, honrada,
y discreta, y resignada,
y me alienta á trabajar;
y nuestros dias serenos
nublados no espero ver.
Yo con tener que comer
y ver á mis hijos buenos,
trabajar logrando el fruto
de mi modesta ambicion,
y no tener opinion
ni de pillo ni de bruto,
le doy al dia su afan
como dice el libro santo,
y le encuentro mucho encanto
á mi pedazo de pan.
Yo veo las ambiciones
de esta vida transitoria
que unos fundan en la gloria,
otros en tener millones.
Éste en lograr el poder.
aquel en la vanidad.
el otro en la falsedad
de alguna torpe mujer...
Y yo con los ojos fijos
en la calma venturosa,
que me dá mi cara esposa
y mis adorados hijos,
sólo ansío que en la gresca
del mundo, y triunfos ajenos—
donde la mitad lo ménos
no sabe lo que se pesca—
entre la gran confusion
de tanto afan que desprecio
y de tantísimo nécio
y tantísimo bribon,
la gente al verme cruzar

díga viéndome entre cien:
«ese es un hombre de bien,
déjenle ustedes pasar.»

BRUNO. Á qué nos pruebas ahora
con seis chicos por delante
y un sueldo insignificante
y el amor de tu señora,
que eres tú más feliz hoy
que yo soltero y sobrado?

AYUD. ¿Ó que yo libre y holgado?

ISID. Pues claro está que lo soy!

ROSAL. Este tiene un capital
en su carácter.

ISID. Sí á fé.

GEN. Bien se conoce que á usté
no le salió nada mal.

ISID. Ni ha de haber en mi existencia
ninguna gran desventura.

GEN. ¿Tiene usté alguna escritura
hecha con la Providencia?

ISID. Igual que si la tuviera.

PAT. ¡Jesús, que cosa más rara!

BRUNO. Y si la suerte cambiára?

ISID. Y si eso no sucediera?

GEN. Luégo usted no ha de tener
contrariedades ¡jamás!

ISID. ¡No señor!

BRUNO Pero esto más!

GEN. ¿Pero oyes eso, mujer?

BRUNO. Oh! Qué absurda vanidad!

ISID. Lo aguardo todo á pié quieto.
Porque yo tengo un *secreto*
contra toda adversidad.

ROSAL. ¿Un secreto?

ISID. Si señor.

BRUNO. ¿Pero eso es un talisman?

ISID. ¡Si señor!

GEN. Pero que afan
de imponer tamaño error!

ISID. Vengan penas y aflicciones
y contratiempos sin tasa;
yo, con mi secreto en casa

á prueba de desazones!

ROSAL. Pero hombre, y te lo has callado.

ISID. Qué falta te hace saberlo
si yo he sabido tenerlo
y no lo has necesitado?

ROSAL. ¿Luego hay secreto?

ISID. Si á fé.

PAT. ¿Eficáz?

ISID. ¡Eficacísimo!

GEN. ¿Y seguro?

ISID. ¡Segurísimo!

AYUD. Lo heredó?

ISID. Me lo encontré.

BRUNO. ¡Eso es broma!

ISID. Es gran verdad!

BRUNO. Pero chico...

ISID. Nada, nada,
no digo más, que ya enfada
tanta personalidad.
Voy ahí cerca, á la estacion...

ROSAL. ¿Á qué?

ISID. Á poner un despacho
á tu hermano; ese muchacho
tendrá una satisfaccion
en saber pronto de tí.
¡Ya están todos intrigados!
¡Adios, pobres engañados! (Riendo.)
Pronto me tendrás aquí. (Á Rosalía.)

ESCENA II.

ROSALÍA, PATROCINIO, BRUNO, el GENERAL y el AYUDANTE.

PAT. Este Isidoro es tan raro...

BRUNO. Parece que se hizo el mundo
para él.

GEN. Es mucho empeño
de luchar contra lo absurdo!

AYUD. ¡Secreto contra las penas!

ROSAL. ¿Quién sabe?...

BRUNO. Mucho lo dudo.

AYUD Si le hubiera sucedído
lo que á mí me pasó en Búrgos
que en un dia ví quemarse
mi casa, hasta el piso último,
morir mi padre del cólera
y robarme tres mil duros
un criado que teníamos
y se fué á San Petersburgo...
ya veríamos entónces
si le bajaban los humos.

GEN. ¿Y qué hizo usted?

AYUD. Caí en cama
y estuve tres meses justos
entre la vida y la muerte;
pero mi tio, el difunto
Conde de Ardóz, me dejó
dos millones, y eso pudo...

PAT. ¿Tendrá tu esposo algun tío
guardado para un apuro?

GEN. Quisiera yo ver al tal
el año cuarenta y uno,
cual yo me ví, prisionero
de Cabrera, allá en Sagunto,
con mi madre moribunda
en Tortosa, sin un duro
para comer, nuestra casa
quemada, mi tropa á punto
de entregarse y una sarna
que me comía los puños!
Desde entónces, tengo blanco
el pelo, que ántes fué rubio.

BRUNO. Yo he pasado por la amarga
situacion de estar á punto
de quebrar por diferencias
que sumaban diez mil duros
nada más; pero mi honra
iba envuelta en el asunto,
y hubo una noche en que estuve
montado en el viaducto
decidido á echarme abajo...

PAT. ¿Cuál fué el talisman?

BRUNO. El único:

un amigo que pagó;
porque en este bajo mundo
los talismanes son siempre
monedas de cinco duros.

ROSAL. Pues Isidoro es veraz
y no mintiera por gusto.

BRUNO. Y sobre todo, sería
sobre despótico absurdo,
que usted, siendo su señora
ignorase estos asuntos
tan íntimos, tan...

GEN. Es cierto.
No andaría con tapujos
con su mujer.

AYUD. Lo sabría
su señora.

PAT. ¡De seguro!

ROSAL. (Tendría que ver que yo
ignorase...) Yo presumo
que el secreto es su carácter. (Pausa.)
(Bruno se ha quedado pensativo como maquinando algo importante.)

PAT. ¿Qué está usted pensando, Bruno?

BRUNO. Ah! ¡No! Nada! (Pausa.)

AYUD. ¿Quiere usté algo
mi general?

GEN. Vamos juntos
á Gobernacion; que quiero
recomendar cierto asunto....
Prepara el té, que volvemos (Á Patrocinio.)
en seguida; en diez minutos
voy y vuelvo.
(Se vón. Rosalía se ha quedado pensativa. Bruno lo mismo.)

ROSAL. (¿Qué secreto
puede ser?)

BRUNO. (Si se marchara
la generala...)

PAT. ¡Qué gusto!
¡Se va! Voy á preparar
la tetera. Vengo al punto.

BRUNO. (¡Ah!) (Contentísimo)

ROSAL. (Pero yo lo sabré!)
BRUNO. (¡Ó ahora ó nunca! Ó muero ó triunfo!)

ESCENA III.

ROSALÍA y BRUNO. Bruno ve marchar á la generala, y va rápidamente al lado de Rosalía que lanza un grito de sorpresa.

BRUNO. ¡Rosalía!
ROSAL. Qué!
BRUNO. Perdon!
pero ni puedo esperar
ni acaso vuelva á encontrar
otra dichosa ocasion
de decir á usté, aunque sea
de prisa y torpe, y sin calma,
lo que guardo aquí en el alma
y sin que el mundo lo vea!
Ha muchos años, señora,
que esperaba este momento:
siglos fueron de tormento,
de ansiedad devoradora.
Mas hoy, por fortuna mia,
cesaré tan récia lucha,
si usted benévola escucha
lo que siento, Rosalía.
Usted no sintió por mí
más que el amor de un momento,
no un amor, como el que siento
latir por usted aquí;
un amor tan sin tibieza
que se impone á la razon;
de tan rara condicion
y de tal naturaleza,
que en vano á mi voluntad
le pido desden y olvido
pues cuanto más se lo pido
más crece su intensidad!
(Hágase la escena con gran rapidez, en voz baja y temerosos ambos personajes de que álguien les escuche.)

ROSAL. ¡Cómo á tal atrevimiento
puede usted llegar!
BRUNO. ¡Por Dios!
ROSAL. ¿Pues qué, entre nosotros dos
cabe ya otro sentimiento
que el de una amistad sincera
por mí sin temor creida?
¿Ha sido tal vez fingida
la que usted nos prometiera
á mi esposo, á mí? ¡Oh qué horror!
¿Cómo pude yo creer
que había usted de volver
á hablarme de aquel amor?
BRUNO. Alienta en mí con tal brío
como si hoy mismo empezara.
ROSAL. ¡Qué dice usted! Quién pensara
tamaña traicion!... Dios mio!...
Usted que finge á mi esposo
tan invariable afeccion
haciendo á su fé traicion!...
¡Oh, no! Sería horroroso!
Me haría usted una ofensa
indigna de un alma honrada.
Piense usted que estoy casada
con él.
BRUNO. Quien ama no piensa!
ROSAL. Nunca pude imaginar
que usted volviese á insistir...
BRUNO. Usted no sabe sentir
y no me supo apreciar!
ROSAL. ¡Oh! no hablemos del pasado!
BRUNO. Yo la amaba á usted...
ROSAL. Por Dios!
Éramos niños los dos,
fué un amor sólo empezado,
que allá en nuestra edad temprana
nuestros ócios entretuvo;
al poco tiempo usted tuvo
que hacer un viaje á la Habana;
nos escribimos un mes,
se distrajo usted allí.
yo le olvidé á usted aquí,

y cuando volvió despues,
ni uno ni otro recordamos
aquel amor que hoy deploro;
yo era novia de Isidoro,
usted vió que nos casamos...

BRUNO. Sí, y ántes, un dia, él,
me hirió de muerte...

ROSAL. Si tal.
Usted le trató tan mal
en el periódico aquel
por no sé qué tontería
política, que acudió
á las armas, se batió
con usted... desde aquel dia
se cimentó la amistad
que hoy les une...

BRUNO. Sí, lo sé...
pero yo...

ROSAL. Recuerde usted
con qué noble asiduidad
estuvo á su cabecera
de su suerte pesaroso...
cuán tierno, cuán cariñoso
veló una semana entera,
surgiendo del desafío
una amistad tan leal,
que ahora veo por mi mal
no siente usted... ¡oh Dios mio!
No me haga usted suponer
que no hay en usted nobleza,
esa falta de franqueza
podría funesta ser...
Usted presenció mi boda,
con Isidoro intimó,
él su amistad le ofreció
y su confianza toda,
y de su afecto á despecho
piensa usted en la traicion?

BRUNO. Es que no hallé la ocasion.
Hoy la encuentro y la aprovecho,
de probarle, aunque no quiera.
que si al hallarla casada

de mi alma estaba borrada
aquella pasion primera,
el trato, la intimidad...
la dicha que usted procura
y su creciente hermosura
y su atractiva bondad,
han revocado en mi ser
aquel amor no estinguido
hoy en mí reproducido
cual si volviese á nacer.
Y al ver que ese hombre fatal
para mi triste destino
se interpone en mi camino
dichoso, alegre, jovial,
con esa dicha insultante
que con mi dolor contrasta...

ROSAL. ¡Oh, basta!... Bruno, ya basta,
no siga usted adelante.
No ha de caber la perfidia
en quien amigo se vende;
usted á mi honor ofende,
no por amor, por envidia.
(Transicion. Habla con cariñoso acento de súplica.)
¡Deje usted que como amiga
le aconseje y le contenga!
¡Evite usted que yo tenga
que hablar, y á Isidoro diga
que un amor á quien respeta
por leal, venderle quiere!...
júreme usted que prefiere
ya, con lealtad completa,
la amistad á que me obligo
olvidando esta locura;
sí, Bruno, yo estoy segura
de que será usted mi amigo
sin manchar torpe y perjuro
la paz de mi santo hogar.
¿Me lo va usted á jurár?
(Tendiéndole la mano suplicante.)

BRUNO. (Tras una pausa, y haciendo por dominarse.)
Sí, Rosalia, lo juro.

ROSAL. ¿No es más dulce esta afeccion?...

BRUNO. No insistiré; nada tema.
(Hay que variar de sistema:
paciencia... y mala intencion.)

ESCENA IV.

DICHOS, PATROCINIO.

PAT. Vamos á tomar el té,
ponga usté el servicio aquí.
(Al criado que sale con el servicio de té, y lo coloca en el velador.)
BRUNO. (¡Qué suerte tiene Isidoro!)
ROSAL. Voy á dejarme servir.
PAT. (Si no volviera mi esposo...)
ROSAL. (¡Se puede engañar así!)
BRUNO. (¿Qué podría yo inventar?)
ROSAL. (Siempre tuvo el alma ruin.)
BRUNO. (¿La indispondré?.., ¡No!) Le ama!
ROSAL. (No pude yo presumir...)
PAT. Me tiene preocupada
lo que acabamos de oir.
ROSAL. ¿Qué?
PAT. Lo que dijo Isidoro.
ROSAL. ¡Ah! ¡El secreto!
PAT. Como á mí
me haría falta uno igual
para poder ser feliz...
ROSAL. Tonterías de Isidoro...
BRUNO. Ello es que siempre le ví
contento...
ROSAL. Eso es indudable.
BRUNO. Y diciendo por ahí
con seguridad extraña
á quien se lo quiera oir,
que no hay penas que lo obliguen
á doblegar la cerviz.
PAT. Vaya, ¿y si nos propusiéramos
el secreto descubrir?
BRUNO. ¿Por qué no?
ROSAL. Me alegraría.
BRUNO. (¡Oh, qué idea!)
ROSAL. Á ver si á tí

te ocurre...

BRUNO. (Aunque sea en broma
se le puede hacer sufrir,
y quién sabe...)

PAT. ¿Quieres leche?

ROSAL. Muy poca.

BRUNO. (¡Inventando... sí!)

ESCENA V.

DICHOS, el GENERAL.

GEN. Ya estoy de vuelta.

PAT. ¡Qué pronto!

GEN. Cayó el Gobierno!

ROSAL. ¡Hombre! ¿al fin?

BRUNO. Mi general, una idea
que vamos á discutir.

GEN. ¿De qué se trata? (Colocándose en medio.)

BRUNO. Se trata,
señores, de descubrir
qué secreto es el famoso
que nos ha indicado aquí
Isidoro hace un momento
para poder combatir
los azares de la suerte.

GEN. Que tratándose de mí
se parece á mi señora
en lo de hacerme infeliz.
Con el cambio de gobierno
pierdo los cincuenta mil
de sueldo, y lo que me cueste
la eleccion que ha de venir.
¡Ni esto es país, ni esto es nada!
Como no entre Pepe Ortiz
en Guerra...

PAT. ¿Y tú, por qué no entras?

GEN. ¡Porque no quiero salir!
porque á mí no me echa nadie!
(Paseándose á lo largo de la escena con las manos atrás.)

BRUNO. Se trata, pues, de inquirir
qué talisman ignorado

tiene Isidoro; que al fin,
si le tuviéramos todos,
daríamos en el quid
de ser dichosos por fuerza.

GEN. No estoy hoy para reir;
pero no es para otra cosa
la pretension baladí
de estar á prueba de bomba
como se suele decir!

BRUNO. Pues bien, si ustedes me ayudan
yo lo descubro.

ROSAL. Usted!

BRUNO. Sí.
Mejor dicho, todos juntos,
yendo de acuerdo.

GEN. Por mí...

BRUNO. El plan es tan sencillísimo,
que van ustedes á oir
y á darme la razon todos.

PAT. Oigamos.

GEN. Á ver.

ROSAL. Mas...

BRUNO. ¡Chist!
Despacito y buena letra...
porque pudiera venir...
(Vá á mirar, puerta foro, y vuelve.)
¿No ha dicho bien claramente
que su destino infeliz
no le vencería nunca
ni le dará que sufrir?
Pues finjamos entre todos
catástrofes mil y mil
de las que á cualquier mortal
le pudieran ocurrir
y, ó se rinde á lo que vea,
ó nos vence en esta lid
de desazones diarias
que le vamos á fingir.

ROSAL. Catástrofes? Eso es fuerte,
y declaro que por mí,
no consentiré jamás
turbar su calma feliz.

GEN. Poco á poco, no enredemos!
PAT. No está mal!
GEN. No ocurra aquí
lo que nos pasó en Pamplona
con el capitan Marin,
que entre varios oficiales,
en cuanto se echó á dormir,
le cerramos las ventanas
y nos pusimos allí;
todos á charlar á oscuras
y á suponer y fingir,
que entraba el sol en el cuarto
para que oyéndolo así,
creyera el hombre estar ciego;
y tan bien se llegó á urdir,
que al creerse ciego, el hombre
reventó del berrenchin.
ROSAL. No hay que estremar ese medio
que no puedo consentir....,
Pequeñas molestias, bueno,
mientras no pasen de ahí.
BRUNO. Ó hay secreto ó no hay secreto!
GEN. ¡Claro!
BRUNO. En viéndole sufrir
se le dice que es mentira.
ROSAL. Yo creo que sólo así
se averiguará, qué es,
porque él no lo ha de decir.
GEN. La idea es tan endiablada,
que se te ha ocurrido á tí
de seguro!
PAT. Pues te engañas.
ROSAL. Y qué se podrá mentir?...
BRUNO. Todo género de cosas
terribles.
PAT. Lo que es á mí
no se me ocurre...
BRUNO. Trastornos
de familia...
PAT. Sí, eso sí.
GEN. Que se le ha muerto su madre.
TODOS. ¡Hombre, por Dios!

PAT. ¡Qué pillin
eres!
GEN. ¡Que está envenenado!
TODOS. Pero hombre!...
GEN. Pues de mentir,
mentir en gordo!
ISID. (En la puerta.) ¡Hola! ¿quién
está envenenado?
BRUNO. ¡Chist!

ESCENA VI.

DICHOS, ISIDORO con el abrigo de su señora en la mano.

BRUNO. Adios, Isidoro... ¡nadie!
hablaba de un folletin
de *El Liberal*...
ISID. (Á Rosalía.) Ya; hija mia
andando, vengo por tí.
ROSAL. (Ya hablaremos.) (Ap. á Patrocinio.)
PAT. (Id.) (Ya hablaremos!)
ISID. No tardemos en salir
que está empezando á llover
y no hay coches por aquí.
(Habla poniéndole el abrigo á Rosalía. Los demás hablan aparte.)
BRUNO. Pues con el secreto tuyo
no tienes más que pedir
al cielo que espere un poco...
y evitas mojarte así.
ISID. (Cogiendo á su mujer del brazo y volviéndose en medio de todos.)
Mi secreto no es remedio
material, que puedan ir
á comprarlo los mortales;
y no me hagas repetir
lo que ya he dicho hace poco
ántes de salir de aquí.
Yo conozco á mi costilla
y sé que se va á morir
de curiosidad...
ROSAL. Y tú

me dejas con ella?

ISID. Sí;
mientras tú no lo descubras
yo no te lo he de decir!

PAT. Ni á mí tampoco?

ISID. Ni á nadie!
pero ya que hay que insistir,
repito y juro y sostengo
que con él vivo feliz,
y no digo más, y en marcha,
que es tarde y hay que dormir.

ROSAL. (Ven á verme. (Ap. á Patrocinio.)

PAT. Muy temprano.)

ISID. Adios, Bruno.

BRUNO. Adios, feliz!

ISID. Mi general...

GEN. Buenas noches.

ISID. Señora...

PAT. Iré por allí.

ESCENA VII.

EL GENERAL, PATROCINIO, BRUNO.

GEN. (Á Bruno.) Entro en el complót! Me carga
que se me den tono así!

BRUNO. ¡Vamos á pensar diabluras!
(Cogiéndose del brazo del General.)

PAT. Yo tambien las voy á urdir
á mis solas.

BRUNO. ¡Hay que darle
mil disgustos!

GEN. ¡Treinta mil!

BRUNO. (Burla, burlando, le meto
donde no pueda salir!)
(El General y Bruno se van cogidos del brazo, puerta derecha. La generala puerta izquierda.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Salon en casa de Isidoro.

ESCENA PRIMERA.

ROSALÍA, DOÑA PATROCINIO.

PAT. ¡Rosalía, Rosalía!
ROSAL. ¡Hola! ¿Cómo tan temprano?
PAT. Ya te dige que quería
dar un abrazo á tu hermano.
ROSAL. Yo te agradezco de veras
tal obsequio.
PAT. Á verle voy.
ROSAL. ¡No será fácil; si vieras
lo disgustada que estoy!
Á poco de amanecer
me levanté con tal prisa...
Se ha quedado en Santander
segun aquí nos avisa.
PAT. ¿Un telegrama?
ROSAL. Con esto
ya tengo yo en qué pensar.
(Leyendo.) «Ligeramente indispuesto:
tardaré un dia en llegar.»
PAT. ¿Luégo llegará mañana?
ROSAL. Ya ves; el despacho es de hoy.

PAT. Ya de verle tengo gana;
él ya sabe quien yo soy,
que cuando ascendió á teniente
yo influí, como es sabido...
ROSAL. ¿Y por qué?
PAT. ¡Naturalmente;
por oir á mi marido!
Con qué, vamos al asunto
que motiva mi visita.
¿Has hecho algo?
ROSAL. Estuve á punto
de descubrirme.
PAT. ¡Ay, hijita!
Veo que aún eres ajena
al arte de conspirar.
ROSAL. Casi me está dando pena
de lo que le vá á pasar.
PAT. Siendo en broma...
ROSAL. Ya lo sé.
Pero el pobre vá á sufrir.
PAT. ¿No afirma con tanta fé
que á todo ha de resistir?
ROSAL. Desde las once, en que he oido,
que se iba á su obligacion,
la casa entera he corrido
sin olvidar ni un rincon,
buscando en su papelera,
en la ropa, en el armario,
en el mundo, en la cartera,
y en fin, en el movilario,
algo que me diera indicio
de ese famoso secreto,
que ya es para mí un suplicio
y que romper me prometo.
Ya anoche á poco reñimos.
PAT. Si tú convencer te dejas...
ROSAL. Ni le vencieron mis mimos
ni le ablandaron mis quejas.
—«El secreto de mi fé
quien no es ciego lo verá.»
—«Yo no lo entiendo.» —«¿No, eh?
Pues hija, á la vista está.»

PAT. ¿Si será atgun bebedizo?
ROSAL. ¿Crees tú en eso?
PAT. ¡Segun!
Hay quien ejerce el hechizo
contra el sentido comun.
Más de dos y más de tres,
y de cien personas sérias,
creen con ciego interés
en todas estas miserias.
Tengo yo una amiga... Rosa,
la mujer de Luis Lahoz,
que es como pocas celosa
y tiene un marido .. atroz,
y cuando quiere saber
lo que oculta su consorte
vá á casa de una mujer
que tiene fama en la córte,
y que, á más de echar la carta,
que así se llama esta ciencia,
y de inventar una sarta
de mentiras, sin conciencia,
da secretos de querer,
y recetas de prendar,
y bebidas de atraer,
y jarabes de olvidar.
¡Uf! yo estuve allí con ella;
es allá, en la Cava-Baja;
nos puso en forma de estrella
las cartas de la baraja,
sobre una mesa estendidas,
y nos dijo mucho y bueno.
—«Ustedes están perdidas
por un sujeto moreno;
es un hombre disoluto
é inmoral, y pervertido,
la dá de listo, y es bruto.
Y yo dije:—mi marido!—
Luégo nos dió una redoma
de un licor extravagante
que cualquiera que lo toma
se enamora del donante.
Rosa tuvo el poco tino

de usar de él...

ROSAL. ¿Y qué?

PAT. Hazte cuenta,
le echó á su esposo en el vino...
y el hombre á poco revienta!

ROSAL. ¡Jesús! (Riendo.)

PAT. Tal vez el secreto
de tu esposo sea así;
un filtro...

ROSAL. ¡Cá!

PAT. Un amuleto. .

ROSAL. Ello hay que saberlo.

PAT. Oh, sí!
Que si hay mortal tan dichoso
como tu caro pariente;
al secreto de tu esposo
tiene derecho la gente.
Edisson en sus diabluras
no ha inventado cosa igual,
«remedio á las desventuras»
tiene mucho de ideal.
Mi esposo y Bruno han quedado
en traer la fatal nueva.
Y tú?

SAL. Cumplo lo pactado
para que hagamos la prueba.
Hé aquí una carta reciente (Dándosela.)
de nuestro administrador.

PAT. Ajajá!... perfectamente (Guardándosela.)
se mentirá con primor.
Voy á llevarla al sujeto...
finge bien, no haya un fracaso;
ese es nuestro gran secreto,
fingir cuando llega el caso.
Si viniese mi marido
díle que me espere.

ROSAL. Sí.

PAT. Ya sabes que he decidido
que hoy almorcemos aquí.

ROSAL. Y si viene Bruno...

(Lo dice con cierto temor. La generala vuelve desde la puerta.)

PAT. Escucha;
yo las cazo al vuelo.
ROSAL. ¿Y qué?
PAT. Y como yo soy muy ducha
en cosas que yo me sé...
ROSAL. ¿Qué vas á decir?
PAT. Que veo
que Bruno te hace el amor.
Tú no le admites, lo creo;
pero todo hombre es traidor,
y cuando halla coyuntura
la aprovecha de mil modos;
así pues, en la diablura
que aquí vamos á hacer todos,
obra de acuerdo si quieres
con todos... mas huye de él.
ROSAL. Oh, gracias! ¡Qué buena eres! (Abrazándola.)
PAT. No; soy amiga, y soy fiel.
Nadie habrá que á mí me increpe
por cierto estilo, eso no!
Ya ves, le soy fiel á Pepe!
¡qué persona seré yo!
Hasta luégo. (Váse foro.)

ESCENA II.

ROSALÍA.

ROSAL. ¡Ah, Isidorito!
secretos con tu mujer!...
Pero qué empeño maldito
de ocultar... ¿qué puede ser?
un buen regalo apostamos
á que lo he de descubrir...
á fé que si le ganamos
nos vamos á divertir.

ESCENA III.

ROSALÍA, LA DONCELLA.

DONC. Señorita... el chiquitin

quiere que le vista usté.

ROSAL. Hola, despertó por fin,
allá voy .. ya voy, bebé.
(¡Cuándo le prepararemos
Tan agradable sorpresa!)
No olvide usté que hoy tenemos
dos personas á la mesa.

ESCENA IV.

LA DONCELLA, despues ANDRÉS.

DONC. Si encontrara yo un esposo
como el señor... ojalá!
Matrimonio más dichoso
ni se ha visto ni verá!
Llaman. (Va hasta la puerta del foro.)
Es un caballero.
Y se cuela de rondon!
¿Quién será? Con qué franqueza...
Ya viene.

AND Gracias á Dios!

DONC. Parece que viene malo...

AND. ¿Será verdad? Seré yo?
¿Habrán pasado doce años?
¿No habrá sido una ilusion,
un sueño, cuanto ha pasado
ni cuanto á mí me pasó?
¡Ay! qué placer tan intenso
siente al fin mi corazon,
al pensar que de aqui á poco
podré con el santo amor
de la familia, hallar dulce
descanso á tanta emocion!
Hola, niña!

DONC. Caballero...
si me hace usted el favor
de decirme á quien...

AND. Á nadie.
No me anuncie usted.

DONC. ¿Qué?

AND. ¿No?

¡Vengo á dar una sorpresa!
Y usted vá á ayudarme!

DONC. ¿Yo?

AND. Si, hija mia. ¿La señora
está en casa?

DONC. Si señor.

AND. Dónde?

DONC. Allí. (Señalando puerta primera izquierda.)
De aqui se vé.

AND. Pues espere usted.
(Vá á la puerta y echa la cortina.)
Chiton!
(Mira por detrás de la cortina.)
Está vistiendo á su nene.
¿Ese es el niño mayor?

DONC. Si señor, pero...

AND. ¡Es precioso!
¿Y aquellos que duermen?

DONC. Son
las niñas, las dos medianas.

AND. ¡Qué lindas! ¿Y la mayor?

DONC. En el colegio.

AND. Ah, si; justo;
que esa ya ha cumplido los...
¿Cuántos años tiene?.. once,
verdad? Y será un primor,
verdad? ¿Y los otros chicos?
porque aquí me faltan dos;
¡ah, ya los veo! allí salen...
¡pero hombre, que familion!
(Apartándose) Ay! que viene! No, no viene!

DONC. Pero me hace usté el favor...

AND. Vamos á ver; oiga usted,
estamos en el salon
verdad? Aquel es el cuarto
de los chicos; bien; los dos
de al lado, serán... despacho...
(Vá mirando por todas las puertas.)
justamente: el comedor...
aquí un cuarto de costura:
la casa es grande, por Dios.
Dígame usted, dónde tiene

la señora el tocador?

DONC. Allá dentro, más allá
del pasillo.

AND. Pues yo voy
á esconderme allí ahora mismo,
y usted se calla.

DONC. ¡Qué horror!

AND. ¡Já, já! Qué cosa tan grave,
verdad? ¿Eh? *Qué sans façon.*
Pues allí voy á encerrarme,
y usted cumpla su mision
de aguantarse por la buena.

DONC. ¡De ningun modo!

AND. ¿Qué no?
¿Y mediante cinco pesos?

DONC. Pero...

AND. Y palabra de honor
de repetir el regalo
en cuanto consiga yo
que la señora me encuentre
allí....

DONC. ¿Qué?

AND. De sopeton.

DONC. Mi señora es muy capaz...

AND De qué?

DONC. De qué? Qué sé yo!
Pues bonita es mi señora!

AND. ¡Oh! bonita... como un sol!

DONC. Y en viéndole á usted.

AND. En viéndome...

DONC. Qué?

AND. Mi palabra de honor.
¡Me va á dar más besos!

DONC. Ella!

AND . Millones!

DONC. Pero por Dios!

AND. Usted calle y ya verá.

DONC. (Nunca sospechara yo
que la señorita... vamos..)

AND. ¿Á qué hora viene el señor?

DONC. El amo? Segun. Hay dias...

AND Y acá para entre los dos

¿qué tal es?

DONC. ¿El amo?

AND. Sí.

DONC. El amo? Un alma de Dios.
¡Un santo!

AND. Y la quiere mucho?

DONC Muchísimo! ¡Con furor!
Ya ve usted, tienen seis niños!

AND. Cierto que es una razon!
Y es celoso?

DONC. Ni por pienso
Pero no es un contra-Dios?...

AND. El qué?

DONC. ¡Nada! ¡Friolera!

AND. ¡Ah! tanto niño? Mejor!
Si los quieren...

DONC. Con delirio.

AND. En suma, que en esta union
todo es dicha?

DONC. Hasta el presente...

AND. Pues bendito sea Dios!

DONC. (¡Qué hombre mas raro!)

AND. Ea, niña,
vá usté á hacer la comision
siguiente... ¡Vé usté esta caja?
(Cogiendo un estuche que dejó al entrar sobre una silla.)
Queda en este velador
Dirá usted que lo ha traido
un criado y que encargó
lo diesen á la señora
sin decir quien lo envió.
¿Estamos?

DONC. Bien.

AND. Y yo ahora
me voy hácia el tocador.
Ella tendrá que vestirse
para el almuerzo; el señor
almuerza en casa?

DONC. Hoy, de fijo,
porque hay convidados dos
amigos de la familia.

AND. Dos amigos? Quiénes son?
DONC. El señor general Ponte.
AND. Hombre, me alegro! Qué honor!
almorzaremos.
DONC. Usted
tambien?
AND. Yo tambien. Chiton.
Ya verá usted que alboroto
se vá á armar.
DONC. Pero por Dios!
AND. ¡Silencio! Oh, qué alegre dia!
Nadie más feliz que yo! (Váse foro.)

ESCENA V.

LA DONCELLA.

¡Vamos! y en quién fia una?
quién iba á pensar, señor,
que en un matrimonio así
habia un número dos?
Por vez primera ayer noche
disputaban... si el señor
sospechará...

ESCENA VI.

LA DONCELLA, BRUNO.

BRUNO. Buenos dias.
DONC. Don Bruno
BRUNO. El señor salió?
DONC. Como siempre. Á la oficina.
BRUNO. Quiere usted decir que estoy?
DONC. (Y á este que es un buen amigo
nunca se le recibió.)
Con mucho gusto. (Hoy le traga!)
BRUNO. ¡Recibe! Gracias á Dios!

ESCENA VII.

BRUNO.

La gota horada la piedra,
rompe el mar las viejas redes
y á las más fuertes paredes
las desmorona la yedra.
Mil veces se me negó
y hoy, por fin, vá á recibirme,
y ella á querer resistirme
y á querer vencerla yo;
irémos pasando dias
y convenciéndonos más,
y sin sentirlo quizás,
tornarán las simpatías.
Y vendremos á parar
á mi axioma salvador,
de que el poder y el amor
piden saber esperar.
(Se sienta junto al velador)

ESCENA VIII.

BRUNO, LA DONCELLA.

DONC. La señora vá á salir.
BRUNO. ¿Todo el mundo está aquí bien?
DONC. Todos.
BRUNO. ¿Y tú? (Abriendo distraido el estuche.)
DONC. Yo tambien.
BRUNO. ¡Hombre! ¡Está bien! *Souvenir*.
(Leyendo la palabra en la alhaja.)
¡Gran brazalete! ¿El señor
lo ha comprado?
DONC. Yo no sé...
lo trajo un hombre y se fué.
BRUNO. ¡Ah! ¿es regalo?
DONC. (Acercándose y viéndolo.) Y de valor.
¿Verdad?

BRUNO. Es de oro macizo.
DONC. (¡Cómo las gasta el intruso!)
BRUNO. Tú estás pensando que abuso:
yo soy como Dios me hizo,
soy curioso...
DONC. Á mí me pasa
lo mismo.
BRUNO. ¡Ya! ¡ya! (¡me escamo!)
DONC. En fin, como dice el amo:
«el señor está en su casa.» (Se vá foro.)
(Así que se vá la doncella, Bruno vuelve á abrir el estuche, saca de él un papel y lee precipitadamente y resguardándose por si acaso le ven.)
«¡Soy yo mismo; sí, soy yo
aquel que no volvería!
resaladísima mia,
adivina quién te dió.»
¡Hola! enigmas amorosos.
Para mí. (Se guarda el papel.)
Lindos renglones.
Con esto y las emociones
que aguardan á ambos esposos...
Todo vá que ni ensayado.
Ea, Bruno, el campo es tuyo
Vea ella el fin de su cuyo
y el juego estará ganado.

ESCENA IX.

BRUNO, ROSALÍA.

BRUNO. ¡Oh, señora!
ROSAL. ¿Cómo vá?
BRUNO. Estando aquí, siempre bien.
ROSAL. ¡Siempre galante!
BRUNO. ¿Y á quién
usted galante no hará?
Ya sé que nuestro Isidoro,
como dicen los chiquillos,
se propone hacer novillos
en perjuicio del Tesoro.

ROSAL. Vienen á almorzar...
BRUNO. Ya sé,
la generala y su esposo.
¡Almuerzo dulce y sabroso!
lo envidio.
ROSAL. Quédese usted.
BRUNO. Acepto con alma y vida
y ademas que nos conviene.
ROSAL. ¿Sabe usted á lo que viene
Patrocinio decidida?
BRUNO. Á lo que vengo tambien.
Á descubrír el secreto
de Isidoro; y me prometo
conseguirlo pronto... y bien!
¡Vamos á darle los sustos...
por docenas!
ROSAL. (Riendo) ¡Puede ser!
BRUNO. Y ó no hay tal secreto...
ROSAL. Á ver...
BRUNO. Ó yo le mato á disgustos.
ROSAL. ¡Hombre, por Dios!
BRUNO. ¡Oh, sin duda!
ROSAL. Matarle, no.
BRUNO. ¡Ay Rosalía!
¡Qué gran fortuna sería
para mí, verla á usted viuda!
ROSAL. Modere usted su lenguaje.
BRUNO. Rosalía, broma ha sido.
ROSAL. Por broma lo he recibido
pero, áun así, suena á ultraje.
BRUNO. ¡Que se ofenda su decoro
por una broma admitida,
sin darse por ofendida
del silencio de Isidoro!
(Movimiento de Rosalía.)
¿Por qué un marido que adora,
segun dice, á su mujer,
se complace en hacer ver
que oculta algo á su señora?
¿Qué misterio tan oculto
hay en su vida y tan hondo?
dígame usted si en el fondo

esto no es un gran insulto.
Porque yo, aunque soy soltero,
comprendo que en ese estado
del matrimonio, el casado
debe de ser caballero,
y tratar á su mujer
con confianza completa;
¿quién que á su esposa respeta.
como es forzoso deber,
guarda una dicha escondida
que sólo en su pró redunde?
ese marido, confunde
la esposa con la querida!

ROSAL. ¡Cómo!

BRUNO. Pues claro es que sí.
¿Qué quiere decir, yo tengo
una dicha que convengo
en guardarme para mí?
¿Conque es decir que si un dia
—cosa frecuente y vulgar—
se pudiera aquí trocar
en desdicha la alegría...
su alma á la de usted infiel
quiere de egoismo llena
para usted, sólo la pena
y el consuelo para él?
Seamos francos, señora,
despues de lo que he oido,
yo creo que ese marido
á quien usted tanto adora,
ó no la quiere á usted nada ..

ROSAL. ¡Hable usted con más respeto!

BRUNO. Ó ha descubierto el secreto
de tenerla á usté humillada,
para que vea la gente
que aquí se vive, y lo siento,
él tan gordo y tan contento
y usted tan indiferente.
Secreto! Yo sé cuál es!
el que tienen otros muchos
cual este Isidoro, duchos
en imponer su interés,

En toda union venturosa
uno ha de ser el dichoso;
ó el que manda es el esposo
ó la que reina es la esposa.
Ó él ó ella sufren el potro
de estar al otro sujeto,
este es todo el gran secreto;
creáme usté á mí, no es otro!

ROSAL. Isidoro siempre fué
amante como el que más.

BRUNO. Porque aquí no hubo jamás
grandes penas.

ROSAL. ¡Oh! no á fé!
Y él dice que aunque las haya
no las tendrá.

BRUNO. ¡Vive Dios!
las tendrá usted por los dos.
Y eso es amor? Vaya, vaya!
Ó malo ó sin corazon,
esto es él de cualquier modo.

ROSAL. No! (Queriendo luchar con la conviccion.)

BRUNO. Que no?

ROSAL. (Llorando.) (Y despues de todo
este hombre tiene razon!)

BRUNO. Pronto lo vamos á ver,
yo traigo una farsa urdida,
ni usté ha de estar advertida.

ROSAL. ¿Cómo?

BRUNO. Déjeme usté hacer.
Pues yo que constantemente
me he propuesto ser dichoso
y soy rico, y religioso,
y libre é independiente,
tengo á veces grandes penas
que me quitan calma y sueño,
y pongo desde hoy empeño
viendo desdichas ajenas,
siquiera sean fingidas,
en coger ese amuleto.
Robemos ese secreto
á estas almas... distinguidas,
y consigamos así

probando á ese hombre su fé,
la redencion para usté
y la leccion para mí.

ROSAL. ¡Oh sí!

BRUNO. En ésto Rosalía
ningun interés me mueve.

ROSAL. Gracias.

BRUNO. (¡Llora! se conmueve!
Débil... y orgullosa!... Es mia!)

ESCENA X.

DICHOS, LA DONCELLA, ISIDORO con una caja de carton

DONC. El señor. (Anunciando. Váse.)

ROSAL. Ah!

ISID. Hola, Brunito!
¡Hola nena! ¿Y Fernandin?

ROSAL. Ya está bien

BRUNO. ¿Tu chiquitin?

ISID. Ha estado delicadito.
Las muelas. . ¿qué hay Rosalía?
qué tal?

ROSAL. ¿Y tú?

ISID. Yo? ya ves,
pensando en tí. (Enseñando la caja que trae.)

BRUNO ¡Ya!

ROSAL. Qué es?

ISID. ¿Qué te ofrecí el otro dia?

ROSAL. ¡Ah! el sombrero!

BRUNO. (Ya ha cambiado
de rostro.)

ISID. De rechupete!

BRUNO. Un sombrero! Un brazalete!
Chico, tú estás muy sobrado!

ROSAL. ¿Brazalete?

ISID. Quién, yo?

ROSAL. ¿Á mí?

BRUNO. ¡Ah! no? Dispensa, pensé.
Como mientras esperé

ese brazalete vi... (Señalando al estuche.)

ROSAL. ¿Ay, qué es esto?

ISID. Yo no he sido..

BRUNO. Yo abrí curioso la caja...
Es una preciosa alhaja!

ISID. ¡María! (Llamando.)

ESCENA XI.

DICHOS, LA DONCELLA.

ISID. Quién ha traido?...

DONC. ¡Ah! ¿El estuche? lo ha dejado
un hombre hará media hora...
Dijo:—«Para la señora.»—
y no me dió más recado.

ISID. Ya sé quién es. Mi papá!

ROSAL. ¿Tu padre?

ISID. Ayer me escribía
que en la última lotería
sacó dos mil duros!...

ROSAL. Ya!

BRUNO. (Y ella no se turba!)

ISID. (Asaltado de pronto por otra idea.) No!
¡Ya sé lo que es! ¡Ah, indecente!
¡Este es el del expediente!

LOS DOS. Cómo?

ISID. Ya me lo anunció!
Figúrate... ¡qué país!
(Con la mayor indignacion.)
que acabo de resolver
cumpliendo con mi deber
cierto asunto á un tal Solís,
que allá en Cuenca armó un extraño
pleito que le interesaba,
y el expediente se estaba
sin resolver hace un año.
Y como estos lugareños
tienen las mañas viciosas
de resolver estas cosas

por influencias y empeños...
este tal... ¡pillos!... tahures!
infames! sobornadores!
(Pateando y dándose repelones.)

ROSAL. ¡Pero, hombre, no te acalores!

BRUNO. Pero, hombre, no te sulfures!

ISID. ¡Qué! Si es que recuerdo ahora
que me dijo: «Hágalo usté...
que en caliendo eso, yo haré
un regalo á la señora!

BRUNO. Pues entónces...

ISID. ¡Qué bribon!
Yo exclamé cuando esto oí:
—»Si no se vá usté de aquí
le tiro por el balcon!»—
Y él se fué, y yo, sin malicia,
lo he resuelto bien despues;
¡es claro! como que es
una cosa de justicia!
Nada! Es él! Él: Se ha ocultado
y me envía... No le absuelvo.
(Cogiendo el estuche y tocando el timbre.)
Ahora mismo lo devuelvo
y estamos del otro lado.
(Á la Doncella que sale.)
María... como una flecha
devuelve este brazalete...
San Onofre, diez y siete,
tercero de la derecha.

ROSAL. ¿Vé usted? (A Bruno.)

BRUNO. (Ap. á Rosalía.)(Yo guardo el papel.)

ROSAL. (¿Qué papel?) (Id.)

BRUNO. (Chist!...)

ROSAL. (Pues qué es esto?)

BRUNO. (Bien finge.)

ROSAL. (Ah! estaba dispuesto...)

BRUNO. ¡Bah! No pienses más en él.

ISID. Sí; mejor es no pensar...
Toma, hija mia, el sombrero.
En cuanto tenga dinero
yo te prometo comprar
un brazalete mejor...

ROSAL. No, por Dios.
ISID. Y cuantos vendan.
Verás, en cuanto me asciendan...
BRUNO. Lo esperas?
ISID. Oh, sí señor.
Tenemos gobierno nuevo
desde ayer...
BRUNO. Lo sé muy bien.
ISID. Y espero que estos me den
el ascenso...
BRUNO. Ó el relevo.
ISID. ¡Relevo?
BRUNO. La cesantía...
ISID. Y por qué? ¿Qué hay contra mí?
BRUNO. Hay... que el país es así
y á decírtelo venía.
ISID. Qué? (Sin comprender todavía nada.)
BRUNO. Yo lo sé desde ayer
y te quise prevenir,
más por acaso al subir
hallé á tu puerta á Ferrer,
portero de tu despacho...
ISID. ¿Ferrer? El rubio? El bajito?
Ferrerito? Oh! Ferrerito,
un excelente muchacho
que ha escapado como yo
de crísis y de mudanzas
y cambios y contradanzas...
BRUNO. Él, sí; pero tú, ya no.
ISID. Cómo? (Comenzando á sospechar.)
BRUNO. Él me ha dado este pliego.
(Dándole un pliego.)
ISID. ¡Qué! ¡Dios mio! (Despues de leer.)
BRUNO. (Ap. á Rosalía.) (Chist! Adelante!
Es falsa!)
ROSAL. (Ah! bien!)
ISID. (Cayendo sobre una butaca.) ¡Cesante!

ESCENA XII.

DICHOS, EL GENERAL y PATROCINIO.

PAT. Acá estamos.
GEN. Sangre y fuego!
Qué escalera!
BRUNO. ¡Chito!
LOS DOS (Bajando la voz.) Qué?
ROSAL. Primera prueba.
GEN. Qué pasa?
ISID. ¡La ruina de nuestra casa!
El pan de mis hijos!
PAT. Eh?
BRUNO. (Haciendo señas mientras habla, para que se enteren de la farsa.)
¡Nada! el favor, la influencia
contra una persona honrada,
le dejan de una plumada
á la luna de Valencia.
(Pausa: la generala avanza despacio hasta Isidoro, y tocándole en el hombro le dice.)
PAT. Y el secreto?
ISID. (Alzándose animado.) Ah! lo presiento!
Yo nunca he necesitado
recordarlo.. ya es llegado
este solemne momento.
¡Oh dulce amiga del alma!
(Cogiendo á Patrocinio ambas manos.)
Usted con nombrarlo aquí
me ha dado la vida! Ah sí!,
Usted me vuelve la calma!
¡Torpe, infiel memoria mia!
(Animándose por grados.)
Ya el primer susto pasó:
no se duela nadie, no,
no te apures, Rosalía!
No importa lo que sucede,
yo á cuanto ocurra me avengo.

quien tiene lo que yo tengo
ni debe cejar, ni puede!
Ya está; mi rostro no veis?
mi firme acento no oís?
á creerlo os resistis?
el cambio no comprendeis?
Pues yo me siento tan fuerte,
tan vigoroso, tan grande,
que no hay rigor que me ablande
para humillarme á la suerte.
¡Oh, sí! el secreto está allí!
(Señalando segunda puerta izquierda del actor.)
quiero ahora mismo invocarlo,
verlo, tocarlo, besarlo,
¡Así seré fuerte, así!
(Vá corriendo á la primera puerta lateral izquierda. En seguida como movidos por un resorte echan todos á correr. Él echa la llave, y todos se ponen formando cola á mirar por la cerradura. conforme va hablando se van quitando unos á otros rápidamente para ver cada cual á su vez segun indica el dialogo.)

GEN. Esto es una chifladura!
ROSAL. Yo voy á ver donde fué.
PAT. ¡Déjame ver!
BRUNO. ¿Qué se vé?
GEN. Si tapó la cerradura!
BRUNO. Quedó la llave derecha...
¡No se vé nada!
GEN. ¿Á ver yo?
ROSAL. ¡Si usté no me deja!
GEN. ¿Yo?
BRUNO. ¡Si usté no habla!
GEN. ¡Si usté me echa!
(Vuelve á salir Isidoro, pero por la segunda puerta lateral inmediata, es decir, por la del proscenio.)
ISID. ¡Ah! (Respirando con fuerza como el que se la quita un peso. Se coloca en medio y con resolucion marcada, y dice.)
ROSAL. Ya está otra vez aquí.
(Á Patrocinio.)

ISID. ¡Ea, á almorzar! ¡Te convido! (Á Bruno.)
ROSAL. ¿Lo que calma á mi marido
es secreto para mí?
¿Á mí me queda la pena
del trastorno que deploro
y miéntras que yo lo lloro
tú alzas la frente serena?
¿Por qué ocultarme procuras
la causa de que sonrías?
¡Para tí, las alegrías;
para mí, las amarguras!
ISID. ¡Por qué tu vista no vé
ni mereces consolarte;
porque no hay para qué darte
lecciones de ciega fe,
y porque yo así consigo
nueva vida el dia de hoy,
y, porque soy, lo que soy,
y la suerte vá conmigo!
¡Yo puedo ser industrial,
comerciante, contratista,
empresario, periodista ..,
zapatero de portal!
Todo lo que pronto ó tarde,
hace á un hombre independiente
cuando no humilla la frente
ni es al trabajo cobarde.
Y, con esto, y con mi hacienda,
que aunque es harto reducida
dá para pasar la vida,
caso de que no la venda,
podré, al destino nefasto,
dar de mi vigor la muestra.
GEN (Aquí entra la farsa nuestra;
verá usté como lo aplasto.)
¡Alto ahí! Cuando aquí entré,
traía nuevas de allá;
le ví á usted sobre el sofá
desplomado, y me callé.
Hay algo que usted no sabe
y diré mal de mi grado,
que yo soy pintiparado,

para una noticia grave.

PAT. ¡Oh, tú sí!

GEN. Claro que sí.
Acuérdate tú, sinó,
cuando tu padre murió.
lo bien que te lo advertí.
Vino á casa un mar de gente
sin dar con la frase...

PAT. ¡Ya!

GEN. Yo entré y dije:—«Tu papá,
está de cuerpo presente.»

BRUNO. (¡Qué bárbaro!)

GEN. ¡Así! El mal trago,
pronto. ¿Á qué más dilaciones?
Vaya usté á contribuciones
y exímase usted del pago.

ISID. ¿Cómo?

GEN. ¡Se quemó el lugar!
la poblacion está en brasas,
han ardido... ochenta casas.
(Esto se llama quemar.) (Ap. á Bruno.)

ISID. ¡Dios mío! ¡Ya á qué recurro!

GEN. No han escapado al horror
más que el administrador,
el padre cura y un burro.

BRUNO. (¡No tiene alma!) (Ap. á Rosalía.)

ROSAL. (¡Lo recelo!)

ISID. (Que ha estado silenciosamente abatido, dice de pronto sonriendo:)
¿Y qué?

PAT. ¿Sonrie usted?

ISID. ¡Sí!
¿Pues qué, no tengo yo allí
remedio, fuerza y consuelo?
(Señalando á donde entró ántes.)
Arroja la pena fuera. (A Rosalía.)
No frunzas airado el ceño.
Tú has de ser siempre mi dueño,
mi dicha, mi vida entera;
no hay contra el secreto bú.

ROSAL. ¡Contra el tuyo! ¡Mio no!

ISID. ¿Pero si le tengo yo,

no le tienes tambien tú?
Si no le sabes buscar
y allí le tengo á la vista;
¿me juzgas tan egoista
que hoy lo quisiera ocultar?
Ven, que en estas amarguras...

ROSAL. Déjame.

ISID. ¡Qué! ¿Me rechazas?
Parece que me amenazas.

ROSAL. Más de lo que te figuras.

ISID. ¡Oye!

ROSAL. ¡Ven! Que no resisto... (A Patrocinio.)

PAT. ¡Ya sé lo que es! ¡Eso era!
(Ap. Á Rosalia.) (Aquel Cristo de madera.
Se vé mal, y saca el Cristo.)

BRUNO. Yo con él me quedaré.

GEN. ¡Le estamos haciendo harina!
(A Rosalía y Patrocinio.)

ISID. ¡La cesantía! ¡La ruina!

GEN. Anda, Patro.

PAT. Anda, José.
(Se van los tres primera izquierda.)

ESCENA XIII.

ISIDORO, BRUNO.

ISID. Esto es lo que siento más.

BRUNO. No es natural que se enoje?
Piensa...

ISID. Será que me coje
muy de sorpresa quizás,
mas nunca en mi matrimonio
ví á mi mujer desdeñosa.

BRUNO. Si es tu terquedad odiosa.
Si te aconseja el demonio!
¿Por qué á tu pobre mujer
tu secreto has de ocultar?

ISID. Si no sabe adivinar,
si no sabe comprender,
porque la mujer no piensa,
porque mi secreto es suyo,

porque al contarlo destruyo
su fé, que es mi recompensa.
Porque, á tu amistad invoco,
mi secreto...

BRUNO. Hay tal manía.
Hombre, cualquiera diría
que eres insensible ó loco!
¿La ruina no te da pena?

ISID. ¡No!

BRUNO. La desgracia te engrie?

ISID. Oh! Sí!

BRUNO. Tu labio sonrie
cuando tu recinto llena?

ISID. Sí.

BRUNO. Pues voto á Belcebú,
pónme el secreto á la vista,
que no es bien gran egoista
que sólo le tengas tú;
y á fé que no soy dichoso
por más que el mundo lo crea.

ISID. Ni habrá nadie que lo sea
siendo, como tú, ambicioso;
egoista de tu bien
y al amor indiferente
y para el bien impotente!

BRUNO. Mira lo que hablas... y á quién!
que há tiempo en mi camino
se vá poniendo tu planta
y no es tan malo el que aguanta
la burla de tu destino.
Y piensa, en fin, que á pesar
de tu secreto y tu fé
tu torpeza el mundo vé
y no te pueden bastar.

ISID. Luchar puedo contra todo
pues que tengo el talisman
que tú con tu sordo afan
no tendrás de ningún modo.
Y ya te he dicho, á fé mia,
que en este dia fatal
sólo me ha sentado mal
el desden de Rosalía.

BRUNO. Si en ella vieras desvío
no bastara tu amuleto.
ISID. No me hará falta el secreto;
su corazon es muy mio.
BRUNO. Creyente muy fácil eres
é inocente como un niño,
ISID. ¡Dudar yo de su cariño!
BRUNO. Fingen muy bien las mujeres!
ISID. Qué quieres decir!
BRUNO. ¡Pardiez!
Que al fin hoy su corazon
halló la ansiada ocasion
de hablar por primera vez.
Que con tu conducta extraña
precipitas los sucesos...
y que entre amantes escesos
la más cariñosa, engaña!
ISID. (Descompuestísimo, va como un rayo á cerrar la puerta del foro, baja rápidamente y se lanza furioso á Bruno.)
¡Ó ahora mismo aquí me das
la prueba de tu asercion...
ó te arranco el corazon!
BRUNO. Pues no me lo arrancarás.
Soy tu amigo.
ISID. Dia triste!
BRUNO. Espera! (Mirando á todos lados por si álguien oye.)
ISID. No hay quien escuche!
BRUNO (Sacando el papel que sacó del estuche y dándoselo.)
Esto estaba en el estuche
que hace poco devolviste.
ISID. (Lee.) ¡¡Jesús!!
BRUNO. Mi curiosidad
ha descubierto este enredo.
ISID. No! No quiero! Me da miedo
creer tal enormidad.
Es tal mi suerte irrisoria..
BRUNO. Cálmate.
ISID. ¿Qué letra es esta?
La conozco!
BRUNO. (¡Hoy la detesta!)

ISID. Dios mio, dadme memoria!
Estoy ciego!

BRUNO. Gente. ¡Oh!

ISID. ¡De quién es! ¡Sospecha ruin!
(Váse por la segunda puerta de la derecha.)

BRUNO. Ahora el trueno, luégo el fin,
despues... sola! y despues... yo!
(Id. por el foro.)

ESCENA XIV.

ROSALIA, PATROCINIO primera izquierda.

ROSAL. ¡Es el Cristo! No lo dudes! (Con alegría.)

PAT. ¡Oh sí! El triste, mira al cielo!

ROSAL. La religion es consuelo
y tosoro de virtudes.
Guárdalo.

PAT. Le guardaré.

ROSAL. Le buscará y... lo presiento!

PAT. Lo llevo al recibimiento,
al paletó de José. (Se vá foro derecha.)

ROSAL. ¿Dónde estará?
(Vá hácia la puerta segunda izquierda á mirar. En este momento aparece Andrés foro izquierda.)

ESCENA XV.

ROSALÍA, ANDRES.

AND Esto ya es
mucho esperar, francamente,
yo me muero de impaciente.
Si está aquí! Chiquilla!

ROSAL. (Volviéndose y corriendo á él.) Andrés!

AND. Ven acá, ven, resalada!

ROSAL. Oh, Dios, y qué á punto vienes!

AND. Vengo de ver á tus nenes!

ROSAL. Oh sorpresa inesperada! (Se abrazan.)
¡Qué guapo!

AND. ¿Y tú, Rosalía?
Doce años sin abrazarte!

ROSAL. ¡Mi Andrés!
AND. Déjame besarte!
ROSAL. Oh, sí! Hermano!
AND. (Besándola) Hermana mia!

ESCENA XVI.

DICHOS, ISIDORO.

Isidoro sale precipitadamente con el papel en la mano, los vé besándose, vá á hablar, no puede, avanza un poco, vacila y cae de bruces en el suelo como herido de un rayo.

ISID. ¡Mal... dicion!
ROSAL. ¡Jesús!
AND. ¡Qué es esto!
ROSAL. Isidoro!
AND. ¿Es tu marido?
ROSAL. Sí! Socorro!
AND. Es un vahido.
¡Ayuda!
ROSAL. ¡Oh dia funesto!
(Tirando furiosamente de la campanilla. Acuden la generala y la Doncella por el foro, el General por la puerta izquierda.)

ESCENA XVII.

DICHOS, PATROCINIO, la DONCELLA y el GENERAL.

PAT. ¡Ay Dios mio!
AND. ¡Agua!
GEN. ¡Un cordial!
Está claro! ¡Reventó!
ROSAL. Yo tengo la culpa! Yo!
GEN. ¡Coronel! (Reconociendo á Andrés.)
AND. ¡Mi general!
(Quedan las señoras arrodilladas junto á Isidoro. El General y Andrés abrazados.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

PATROCINIO, la DONCELLA y el GENERAL.

GEN. Ya se lo dige yo á ustedes
que era una barbaridad
jugar con cosas tan graves
por el gusto de jugar.
Si lo que invente mi cónyuge
tiene que salir muy mal.

PAT. ¡Vaya!

GEN. Si ese hombre no vuelve
á la vida...

PAT. ¿Qué?

GEN. ¡San Blas!
Si hubiera sido un derrame
seroso...

DONC. ¿Cómo?

GEN. Cabal.
Póngase usté en ese caso.
Á ver lo que iba á pasar.

PAT. ¡Oh!

GEN. Todo el mundo á la cárcel.

DONC. ¡Por Dios, señor!

GEN. Y tres más.
Por tí lo hubiera sentido. (A Patrocinio.)
PAT. Lo creo.
DONC. No vienen.
GEN. ¡Cá!
DONC. Su hermano fué por un lado
y por otro Sebastian.
Si el médico no estuviera...
PAT. Traerán otro.
DONC. ¡Qué tardar!
GEN. Los médicos y los coches
cuando se buscan no están.
¡Hacerle creer á un hombre
de bien, ántes de almorzar,
que está cesante y sin rentas
y todo por el afan
de saber...
PAT. Y ello es que había
secreto.
GEN. ¿Y se sabe ya?
PAT. Era un Cristo.
GEN. Yo llevaba,
en los campos de Arlabán
uno que me dió mi tio
el canónigo Pulgar,
y me arrimaron dos balas
que aun las tengo aquí detrás.
(Tocándose la espalda.)
PAT. ¡Herejel
GEN. No digo yo
que por eso hay que dudar.
DONC. ¡No vienen!
GEN. Si está ya bien
y no le repetirá.
PAT. ¡Ay qué peso se me quita!...
GEN. No volveré yo jamás
á repetir una broma
como la pasada.
PAT. ¡Ya!
GEN. Y eso que yo no he tenido
la parte que tú.
PAT. Es verdad

GEN. Por supuesto, en estas cosas
siempre me ha pasado igual;
por ser débil de carácter
y por dejarme llevar.
Esto mismo me pasó
en los campos de Alcalá,
que me pronunciaron sin
quererme yo pronunciar;
y por pescar, mentecato,
algun entorchado más,
pesqué unas intermitentes
y un catarro pulmonal.

DONC. El arroz se habrá quemado.

GEN. ¡Yo tambien! ¡déjame en paz!

PAT. ¿Entramos á verle?

GEN. No,
dejémosle descansar
y vámonos por ahí
en busca de un *restaurant*
donde matemos el hambre
si encontramos qué almorzar.

PAT. Diga usted que volveremos
en seguida.

DONC. Bien está.

PAT. Vámonos, amable esposo.

GEN. Vámonos, cara mitad.

PAT. Cara! luego ya me quieres?

GEN. Mal sabes interpretar,
pues si te lo llamo, es
en sentido literal.

(Vánse foro derecha, y la Doncella foro izquierda.)

ESCENA II.

ROSALÍA saliendo del cuarto de ISIDORO.

ROSAL. Siento no sé qué sonrojos...
¿Por qué de sí me rechaza
con tan extraños enojos?
¿Por qué brillan en sus ojos
relámpagos de amenaza?
Mas, desechando la pena

de que estaba su alma llena
ya aparece satisfecho...
¿Con qué talisman serena
la tempestad de su pecho?
¡Qué secreto puede haber!
¿Qué virtud existirá
de tan mágico poder? (Pausa.)
Sólo un amor... ¿Si será
el amor de otra mujer?
Solamente un gran amor
consigue dar al olvido
la desventura mayor,
que no hay consuelo mejor
que un amor correspondido.
Y que no es el de su esposa
en su mutismo se ve
¡Qué sospecha tan odiosa!
¡Ya no puedo ser dichosa
porque me falta la fé!
Ya siento con mi razon
los celos en lidia ruda,
y con fiera obstinacion
la serpiente de la duda
se enrosca en mi corazon.
Ese es tu secreto, sí,
ese el preciado amuleto
que has ocultado de mí.
¿Conque ese era tu secreto?
Pues... desdichado de tí!
Perdida la fé, y perdida
la más remota esperanza
de hallar consuelo en mi vida,
ya que no cierre esta herida
me aprestaré á la venganza.
Hasta aquí mi hogar honrado
sirvió á los demás de ejemplo
como un templo respetado:
si hoy ves derrumbarse el templo,
para qué le has profanado?
Pero esto es enloquecer...
¡Abrigar yo tal idea!
¡No puede, no debe ser!

¡Dios eterno, que no sea
el amor de otra mujer!

ESCENA III.

DICHA, BRUNO.

BRUNO. (¿Llora? ¡Bien! há habido trueno.)
ROSAL. ¡Bruno!
BRUNO. Yo vengo á saber
si se descubrió el arcano...
y ese secreto cuál es.
ROSAL. El secreto... oh, sí; el secreto
consiste en que una mujer
ignore las liviandades
del que la llama su bien,
su vida... y en un momento...
(Comienza á pasear agitada de un lado á otro.)
BRUNO. ¡Oh, por Dios! cálmese usted...
ROSAL. Bajo el pretexto ridículo
de haber hallado aqui Andrés
mi hermano, que esta mañana
llegó desde Santander,
abrazándome y besándome,
y aprovechando un papel
que había en aquel estuche,
y ahora resulta que es
regalo del mismo hermano,
Isidoro toma pié
de todo esto, para hacerme
al punto.... asómbrese usted,
proposicion de un divorcio
que nunca se dé á entender...
y en fin... yo no tengo á nadie
á quien contar su doblez.
Usted es su amigo...
BRUNO. ¡Siempre!
ROSAL. Usted lo jura; pues bien,
yo entiendo que ese secreto
es... amor de otra mujer!
BRUNO. Y si lo fuera...
ROSAL. ¡Oh! Entónces...

Entónces... créalo usted,
yo haría...

BRUNO. Por mí...

ROSAL. ¡La prueba!

BRUNO. ¿La prueba? Bien; la tendré.

ROSAL. ¿Palabra?

BRUNO. (¿Qué cuesta darla?)
¡Palabra... de hombre de bien!
(Váse Rosalía.)

ESCENA IV.

BRUNO.

¡Me robastes el destino...
me robastes la mujer...
quien roba á un ladron... etcétera;
todo vá bien, bien, muy bien!

ESCENA V.

BRUNO, ISIDORO.

Isidoro sale con un tintero y recado de escribir y vá á sentarse á escribir al velador. Durante toda la escena habla con serenidad, pero con gran melancolía.

ISID. Hola, Bruno.

BRUNO. (Sentándose y burlon.) Ya almorcé.

ISID. Cómo? (Recordando el almuerzo.)

BRUNO. Tienes unos modos
de invitar... dejaste á todos..

ISID. Pues es verdad! Lo olvidé.

BRUNO. Con tus cuitas desdichadas
y tu secreto... fiambre,
nos dejaste muertos de hambre!

ISID. Hay cosas inesperadas...
y hay bastante intimidad
entre tú y yo...

BRUNO. No que no!
Por eso me quejo yo
con esta sinceridad.

(Pausa. Isidoro se prepara á escribir.)
He almorzado en el *Buffét*,
una taberna extranjera,
que hay ahí cerca, en la Carrera,
junto á casa de Lletget.

ISID. ¡Ah, sí!

BRUNO. Y tú ya, tan tranquilo.

ISID. Ya lo ves.

BRUNO. Sí, por completo.
Poseyera yo el secreto
y no hubiera estado en vilo.

ISID. Cómo?

BRUNO. Me fuí por no ver
la catástrofe anunciada
en tu rostro, y disipada
á lo que parece ser.

ISID. Sí, Bruno, tú eres discreto,
y espero de tu bondad
que me pruebes tu amistad
guardándome este secreto...
que este sí que es grave y hondo!
tú, que me avisaste á mí...

BRUNO. Yo me desvivo por tí
y del secreto respondo.

ISID Y si oyes que habla la gente
mal de mí, como marido...
por nuestra amistad te pido
que me defiendas.

BRUNO. Corriente

ISID. ¿Qué voy á hacer con llevar
al escándalo este asunto
que ha de traer un conjunto
de males que lamentar?
No me juzgarás tan nécio
ni que me falte el rubor;
no supondrás que es amor
á mi mujer; la desprecio.
Es que yo hace tiempo ya
vivo... para quien yo sé.

BRUNO. Ah! tu secreto?

ISID. (Con tristeza marcada.) Sí á fé.

BRUNO. ¿Pues ya, quién lo dudará?

La esposa lo presintió...)
Por eso luchas potente
contra el mal?

ISID. Naturalmente

BRUNO. Y nadie adivina ..

ISID. No.
Sois tan torpes que no dais
en lo que saber quereis,
lo tocais y no lo veis,
lo veis y no lo mirais.
Mi mujer.—Ahora lo veo,
que ántes me cegó su amor—
si pudiera ser mejor
creería, como yo creo,
y conmigo sentiría
este consuelo, esta fé,
pero en fin, no quiero que
hablemos de Rosalía.
¡En fin! (Se pone decididamente á escribir)

BRUNO Ello me interesa.

ISID. Pues bien á la vista está.
(Mira al techo para pensar lo que va á escribir. Bruno mira tambien al techo como buscando el secreto allí.)

BRUNO. Á quién escribes?

ISID. Pues á...
(Escribiendo.) «Lunes.» Á mi hija Teresa.
Tras tantos llantos y ruinas
casi la olvidaba ya.

BRUNO. Es la que tienes allá
en las...

ISID. En las Ursulinas. (Escribe)

BRUNO. (Olvidar! Amar! Sentir
y llegar á resolver,
sufrir y no padecer!
No le puedo resistir!
La echó Dios en mi camino
para amargarme la vida:
oh! si no es falsa ó fingida
su esposa, como imagino,
tarde ó temprano, algun dia
tendré la satisfaccion

de burlar á este ladron
de toda la dicha mia.)

ISID. Ya está.

BRUNO. Debe ser muy tierno
ese amor dulce y tranquilo
de un padre.

ISID. Este es un estilo
íntimo, sencillo, eterno.

BRUNO. Lee!

ISID. ¿Por qué no? Oye.

BRUNO. ¿Á ver?

ISID. «Hace dias, vida mia,
»que ir á abrazarte quería
»pero no ha podido ser;
»quehaceres, luchas, trastornos...»
yo nunca la oculto nada. (A Bruno.)
«Está el jueves preparada
»para ir á comer á Fornos
»conmigo, que iré por tí
»y verás cómo pasamos
»un gran dia si logramos
»que puedas salir de ahí.»
Hay allí mulio rigor (A Bruno.)
y salen tan pocas veces...

BRUNO. Y tú, padrazo, la ofreces
esa muestra de tu amor.

ISID. Cuando la saco á paseo,
voy con ella... una perfidia
que oculto aquí por la envidia
que daría el regodeo;
pero llevar convidada
toda la familia...

BRUNO. Es claro!
Resultaría muy caro.

ISID. Y como ella está encerrada...
La doy ese gusto ..

BRUNO. Ya.

ISID. Y luégo vuelve á su escuela.
Es una picardigüela
que no sabe la mamá.
¡La mamá! la que hasta ayer
fué mi amor!

BRUNO. (Señalando la carta.) Vas á mandarla?
ISID. Sí.
BRUNO. Pues yo puedo dejarla.
ISID. ¿Para qué? No es menester.
Va el criado...
BRUNO. Yo voy ántes.
¿Para qué ha de ir el criado?
Ya ves tú, yo vivo al lado,
en la calle de Cervantes...
ISID. ¡Bueno! (Le da la carta.)
BRUNO. (Leyendo á mi modo
si logro ocultar la firma...
con esta carta confirma
su sospecha, y ya está todo!
Como ellos no se han de hablar...
yo he servido á su mujer.)
Hasta luégo!
ISID. Hasta más ver.
BRUNO. (¡Es mia! No hay que dudar!)
(Váse foro izquierda.)

ESCENA VI.

ISIDORO, ha quedado con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza oculta entre las manos, golpeando el suelo con los piés. Está en la actitud del hombre abrumado por una idea que le domina. Dígase el monólogo en creciente gradacion, subiendo el tono dramático.

Lo he visto! Lo he visto, sí!
Y aun no lo quiero creer!
¡Ella! mi amante mujer...
¡Ay desdichado de mí!
¡Y él!... ¡oh! mi vista turbada
le vió un punto nada más;
no se borrará jamás
su imágen aquí grabada:
(Señalando la frente.)
y si le vuelvo á encontrar
de pensarlo me dá miedo,

porque yo matar no puedo
y fuera deber matar;
y esta fatídica idea;
me persigue... y me dá frio...
¡oh, no! Dios mio... Dios mio.
más vale que no le vea!

ESCENA VII.

ISIDORO, ANDRÉS.

AND. ¿Vino el médico? ¡Ay qué médicos!
ISID. Qué voz...
AND. ¿Todavía nó?
ISID. ¡Él!!
AND. ¡Claro! ¡Ya el hombre... bueno!
ISID. ¡Atrás!
AND. ¿Cómo atrás? (Muy alegre. Contrastando.)
ISID. ¡Oh!
AND. ¿Yo?
ISID. ¿Usted aquí?
AND. ¡Desde anoche!
ISID. Pero...
AND. ¿Ya vamos mejor?
ISID. (¡Calma!)
(Hablando consigo mismo y queriendo dominarse.)
AND. (Riendo ruidosamente.)
¡Ay que no me conoce!
ISID. ¡Yo estoy soñando!
AND. ¡Mejor!
Me muero por las sorpresas.
Vamos á ver ¿quién soy yo?
(Cruzado de brazos, las piernas abiertas y mirándole de hito en hito con risa contenida.)
ISID. Usted es...
AND. Vayan cien pesos
en oro, que en papel no,
á que ya de aquel retrato
del año setenta y dos,
no hay en mí nada que dé
la idea de quien soy yo!
Y se rasca la cabeza. (Riendo.)

(Isidoro está retorciéndose las manos, queriendo dominarse por evitar una catástrofe.)

ISID. (¡Ténme de tu mano, oh Dios!)
AND. ¡Pero, hombre, no seas memo!
ISID. ¡Tutearme!
AND. Habla, simplon.
ISID. Usted... tal vez le confundo
porque no hay en mí razon.
Usted es quien hace poco
estaba aquí, en el salon
dando á mi mujer... un beso?
¡Lo he visto!
AND. ¡No; un beso no!
ISID. ¿Luégo no es usted?
AND. Lo ménos
la he dado cuarenta y dos.
ISID. ¡Vive el cielo! (Agarrándole por el cuello.)
AND. ¡Eh! ¡Quieto! ¡Quieto!
No te creas que yo soy
algun galan... soy Andrés,
tu cuñado. (Pausa grande.)
ISID. (Abriendo desmesuradamemte los ojos, cayendo en la cuenta.)
ISID. ¡Santo Dios!
AND. ¡El mismo!
ISID. ¡Jesús!
AND. ¡Caramba!
¿Qué esperas ya? (Abriendo los brazos.)
ISID. ¡Usted!... ¡Tú!
AND. ¡Yo!
ISID. Por eso. . ¡Imbéci! de mí!
¡Ahora recuerdo, gran Dios!
¡Tuya era la letra! ¡Tuya!
¡Andrés, hermano, pérdon! (Abrazándole.)
AND. Perdon, ¿de qué?
ISID. ¡Rosalía!
(Yendo á la puerta izquierda.)
¡Rosalía!

ESCENA VIII.

DICHOS, ROSALÍA.

ROSAL. Sí, aquí estoy.
ISID. ¡Oh, perdóname!...
ROSAL. ¡Jamás!
ISID. ¡Perdona mi obcecacion!
ROSAL. ¡Nunca!

ESCENA IX.

DICHOS, PATROCINIO, el GENERAL.

PAT. ¡Ay, por fin almorzamos!
(Rosalía no atiende á los que llegan. Líguese bien el diálogo.)
ROSAL. ¡Nunca! Perjuro, traidor,
indigno de mi cariño,
perverso, mal corazon.
¿Este era el secreto tuyo?
¿Esta era la oculta voz
que te infunde tanta fé,
que te dá tanto valor?
Ahora soy yo quien pregunta:
ahora te exige mi honor
ultrajado, que me digas
quién reina en tu corazon.
ISID. ¡Tú sola!
ROSAL. Mientes, villano.
Bruno tu carta me dió.
ISID. ¿Mi carta?
ROSAL. La que le escribes
á la que es tu oculto amor.
ISID. ¡Y el tuyo! Mi hija Teresa.
ROSAL. ¡Qué!
ISID. ¿Pues qué, me oculto yo
para escribirla? ¿la firma,
no dice quién lo escribió?

ROSAL. ¡Oh, Dios!
ISID. «*Tu padre*, Isidoro!»
(Repitiendo la firma)
ROSAL. La firma no me enseñó.
ISID. ¡Ay! Rosalía... la venda
ya de mis ojos cayó.
Bruno...
GEN. (A toda voz.) ¡Bruno es un trompeta!
y del primer puntillon
lo voy á volver yo polvos
de salvadera!
PAT. ¿Á que no?
GEN. Para darle á usted la broma (Á Isidoro)
pesada como no hay dos,
y, al fin, como cosa de ésta
que es, haciéndole favor,
la *filoxera vastatrix*...
PAT ¡Hombre, no seas atroz!
GEN. Le dí á Bruno una tarjeta
como recomendacion,
para un escribiente del
consejo de Redencion,
que hiciera una cesantía.
ISID. ¿Era falsa?
GEN. Sí. señor.
Pero ese pillo se fué
á ver á su director
de usted, y en mi tarjeta
¿qué dirá usted que pidió?
La cesantía de veras
que fué la que trajo.
ROSAL. ¡Oh, Dios!...
GEN. Pero ya lo he remediado.
ROSAL. ¡Ah!
GEN. Mañana es la Ascension,
celebre usté el dia...
ISID. ¿Cómo?
GEN. ¡Ascendiendo! ¡¡Se acordó!!
ISID. ¡Oh, mi general!
GEN. Y en cuanto
al incendio, se apagó...
PAT. Fué otra farsa.

ISID. ¡Oh, qué descanso!
Pero señores... por Dios
¿para darme tantas penas
qué motivos les dí yo?
ROSAL. El afan de descubrir
ese secreto traidor.
PAT. Que subeiste.
GEN. Que no existe.
ROSAL. Que aún defiende.
AND. ¡Vive Dios!
¿Pero qué secreto es ese
del que hace ya una hora ó dos
estoy oyendo aquí hablar
con tan rara obstinacion?
PAT. (Ap. á Isidoro y con mucha intencion.)
(¡Dígalo usted, que es antojo!)
ISID. ¡Antojo! ¡Válgame Dios!
Pues ... pongo á Dios por testigo
de que la verdad diré
aunque ha tiempo que juré,
que moriria conmigo,
Y habeis de ver, infelices,
que de amores no entendeis
y sois torpes, y no veis
más allá de las narices.
¿Quereis la razon saber
de por qué un hombre abrumado
se siente regenerado
siempre que la ha menester?
(Gran curiosidad y signo de asentimiento en todos. Dése mucha animacion al cuadro.)
¿Quereís saber lo que llena
la existencia de valor
y lucha con el dolor
y lucha contra la pena,
y hace no humillar la frente
y arrostrar la suerte impía
y hacer del duelo alegría
y al hombre tornar potente?
Pues, yo el secreto os prometo
enseñaros sin tardar.
(Se vá corriendo puerta izquierda proscenio.)

TODOS. ¡Ah!
PAT. ¡Por fin!
ROSAL. ¿Qué irá á buscar?
(Sale Isidoro con sus cinco hijos colocados de esta manera: uno en cada brazo; otros dos cogidos á sus faldones, y el quinto á caballo en los hombros.)
ISID. ¡Aquí teneis mi secreto!
ROSAL. ¡Oh, Isidoro!
(Arrodillándose delante de él confusa.)
ISID. ¡Alza, oh, mujer!
mitiga tu triste afán
y á ver si hay un talisman
de tan mágico poder.
PAT. Eso es entender la vida. (Llorando conmovida.)
ISID. ¡Sufre un hombre pena ó dolo,
se encuentra en el mundo solo,
ó se rinde .. ó se suicida!
¿Oís qué el hambre ó el crímen
llevan al mal ó á la muerte
á tantos que por su suerte
tristes en la sombra gimen?
¡Están solos! No han sabido
crear lo que al hombre obliga
lo que las penas mitiga,
lo que al daño pone olvido.
No han aprendido, quizás,
que todo el secreto es este:
¡lograr, cueste lo que cueste,
vivir para los demás!
Cuando pobre me creí,
no tuve tiempo á llorar;
me faltó para pensar
en ellos, y me creci,
Su labio de usted fingía
mi ruina, ante ella temblé;
pero en seguida pensé
que á mis hijos me debía!
Surgió lo que yo juzgaba,
deshonra del nombre mio,
ante tu odioso desvío (A Rosalía)
mi honra matar me mandaba!

pero me aterró perdellos.
su escándalo, el deshonor.
¡nada!—me dige—¡valor!
ántes que nada son ellos!
Y así, yo bien lo decía
ayer en casa de usté,
mi secreto aplicaré
á toda desdicha mia.
Pues no hay en el mundo na la
para saber ser dichoso
como este amor tan hermoso
que engrandece á un alma honrada!

GEN. Hay lecciones que son graves.

PAT. Tú y yo sin hijos, marido.
Los hijos, ya lo has oido!

GEN. Sí? Pues nada!... Ya lo sabes!
(Mucha intencion.)

AND. Yo vengo á casarme aquí
con hembra de buena casta.
Su madre tuvo once!

ISID. Basta.
Cásate.

AND. Pues vá por tí. (Riendo.)

ISID. ¿Y Bruno? (Con amargura.)

ROSAL. Traidor y aleve
quiso aprovochar tal vez
para servir su doblez
tu engaño.

ISID. Si aquí se atreve...

PAT. Lo que merezca le den.

GEN. El traidor en general,
en los dramas sale mal,
en el mundo acaba bien!
Tiene usté hijos... su vileza
olvidar será oportuno.
Yo que no tengo ninguno
le romperé la cabeza.

ROSAL. (Vá á sentarse al sofá, rodeada de los niños, teniendo el más pequeño sobre la falda.)
¡Ven! saborea el placer
de mi amor... y mi respeto!

ISID. (Arrodillándose junto á ella, apoyando los brazos

en sus rodillas y contemplando con ternura, esposa é hijos.)

Este SECRETO. . oh mujer!
el que no esté en el SECRETO
no lo puede comprender!

FIN DE LA COMEDIA.

ZARZUELAS.

TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Propiedad que corresponde
erno seco	1	Sres. Navarro, Gamayo y Nieto	M. y ½ L.
noens	1	D. Márcos Zapata	L.
alanés de Gracia	1	L. P. de Guzman	L.
r la Castaña	1	M. F. Caballero	M.
estilo es el hombre	1	Manuel Nieto	M.
lavadero de la Florida	1	Sres. Ossorio y Guillen	L.
ruiseñor	1	Bolumar, Melendez y Reig	L. y M.
ar en vilo	1	M. de Larra y Ossorio	L.
ego y estopa	1	Banquells y Reig	L. y M.
s bonitos	1	D. M. F. Caballero	M.
s	1	Guillermo Cereceda	M.
s pretendientes de Cármen	1	Manuel Cuartero	L. y M.
treta	1	M. Nieto	M.
santuario del valle	2	Márcos Zapata	L.
s dos llaves	2	Sres. Zumel y Taboada	L. y M.
anillo de hierro	3	Márcos Zapata	L.
abadía del Rosario	3	Márcos Zapata	L.

OBRAS DIVERSAS.

El diablo mundo, poema por D. José Espronceda: magnífica edicion en tipo: litografía de varios colores y una cubierta al cromo con el retrato del autor.—Un tomo en 8.° de 208 páginas.—Precio, 4 reales.

La propiedad intelectual. Legislacion Española y Extranjera: comentada, concordada y explicada segun la historia, la filosofía, la jurisprudencia y los tratados, por el Doctor D. Manuel Danvila y Collado.—Un tomo en 4.° de 905 páginas.—Su precio 40 reales en Madrid y 48 en provincias.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En las librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, núm. 2; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, número 7; de *D. Manuel Rosado*, Puerta del Sol, núm. 9; de los *Sres. Córdoba y Compañía*, Puerta del Sol, núm. 14; de los *Sres. Simon* y *Osler*, calle de las Infantas, núm. 18; de los *Sres. Gaspar*, editores, calle del Príncipe, núm. 4; *D. Eduardo Martinez*, calle del Príncipe, núm. 20, y *Saturnino Calleja*, Paz, núm. 7.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR.

En casa de los Corresponsales de esta Galería.

PORTUGAL.

Agencia de *D. Miguel Mora*, Rua do Arsenal, núm. 94.—Lisboa.

FRANCIA.

Librería de *Mr. E. Denné*, 15, Rue Monsigny, París.

ALEMANIA.

Mr. Wilhelm Friedrich, editeur, Leipzig.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á los EDITORES, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.